

**LA HISTORIA DE
FRITZ MAIER, VELOCISTA**

“Las personas reales están repletas de seres imaginarios.”

Graham Greene.

El asesino de la máscara de hockey no cesaba en su empeño por dar caza a la espigada muchacha de pelo pajizo. “Sin prisa, pero sin pausa”, parecía decirse a sí mismo, mientras con paso firme y constante acertaba distancias con respecto a la chica, empeñada en tropezar con los accidentes del pedregoso camino del bosque.

- Nunca la cogería. – afirmó Otto, con expresión solemne.

Desde su confortable sillón, sosteniendo todavía en su mano un vaso de crema de whisky que casi había apurado por completo, Manuel se volvió hacia su invitado. Le miró desconcertado.

- En la vida real, nunca la cogería. – perseveró Otto, para acto seguido asestar un último trago a su copa de anís. Después, la dejó sobre una mesilla y siguió mirando fijamente la pantalla del televisor.

- ¿Por qué? – preguntó intrigado Manuel, finiquitando también su bebida.

- Adrenalina. Simple cuestión de adrenalina – zanjó Otto, reparando fugazmente y de soslayo en su compañero.

Manuel no respondió y se limitó a seguir viendo la película. Conocía bien a Otto, un reputado médico austriaco que para sorpresa y regocijo de su familia se había convertido tres años atrás en esposo de su hermana menor. Sin duda, tiempo más que suficiente para saber del gusto del germano por crear un aura de misterio en todas las

conversaciones que iniciaba. Si seguía interpeándole, Otto le respondería con otra palabra o una breve frase, a buen seguro tan herméticas como las anteriores. La única manera de sonsacarle una explicación más nítida y prolongada era guardar silencio, fingiendo incluso cierta indiferencia ante sus enigmáticas sugerencias. Así lo hizo Manuel. Y Otto no tardó en reaccionar. Tras apartar los ojos del televisor, le miró con la misma condescendencia con la que un maestro miraría al alumno rezagado de la clase.

- En situaciones de pánico extremo, así como en determinados trastornos patológicos, la producción de adrenalina de nuestro organismo tiende a incrementarse formidablemente. Esto suele provocar que el alcance de algunas de nuestras capacidades motrices, como la fuerza o la velocidad, pueda llegar a duplicarse o incluso triplicarse. – aclaró el galeno con cierta pomposidad. - Si una chica corriente fuese perseguida por un energúmeno como ese, echaría a correr casi tan rápido como un deportista de elite. Nunca la cogería.

Manuel asintió, casi más por diplomacia que por convencimiento. Después, durante unos segundos, ambos entrecruzaron sus claras miradas. Entonces Otto, quizás por no encontrar la requerida sorpresa en el rostro de su interlocutor, o puede que intuyendo que éste no había acabado de entender sus palabras, optó por alargar su explicación.

- ¿Te gusta el atletismo, las carreras de velocidad? - preguntó el médico a su anfitrión.

- No soy muy aficionado a los deportes, la verdad. – respondió tímidamente Manuel, temiendo lo que un robusto teutón como su cuñado podría pensar de alguien tan poco devoto de los esfuerzos físicos.

- Es lo mismo. Aunque lo fueras, no creo que hubieras oído hablar nunca de lo que te voy a contar.

Otto recogió su vaso vacío de la mesilla y se lo mostró a Manuel, esbozando al tiempo una sencilla sonrisa. Tras unos instantes de duda, Manuel comprendió el mensaje no verbal de su invitado. Abrió de nuevo la botella de anís y le llenó el vaso

hasta la mitad. Tras agradecer el gesto cortés con otra de sus lacónicas sonrisas, Otto dio un pequeño sorbo a la bebida y emitió un ronco suspiro. Entonces comenzó su historia.

Se llamaba Fritz Maier. Un chico desgarrado y algo retraído. Compatriota. De Grosswolchen, un pequeño pueblo cercano a Salzburgo. Era velocista aficionado, especializado en carreras cortas. Bastante mediocre. Por lo menos durante sus primeros años.

Fritz solía competir en campeonatos provinciales, muy ocasionalmente a escala nacional, y rara era la vez que salía vencedor en alguna carrera. Hasta que un día comenzó a ganar... Es más, en poco más de medio año bajó sus marcas en más de dos segundos, algo que para un corredor de este tipo de carreras supone casi un milagro. Hoy estaríamos ante un más que sospechoso caso de dopaje, pero por entonces, esto sucedió a finales de los años sesenta, el uso de drogas en el atletismo era poco común. Y menos aún en un atleta de pueblo. El hecho es que entre sus compañeros y técnicos, entre los que se encontraba mi ya difunto primo Andreas, quien me relató esta historia y que también era corredor amateur, no podían dar crédito a los progresos de Fritz. A pesar de que, lógicamente, estaban más que encantados con los mismos - todo indicaba que pronto tendrían a una figura nacional en su modesto club -, la curiosidad por conocer las causas de su fantástica evolución les carcomía a todas horas.

Al principio, Fritz se mostró reacio a ofrecer cualquier tipo de explicación creíble. Unas veces justificaba sus nuevas marcas argumentando que se trataba simplemente de la explosión deportiva de alguien dotado de un talento innato, otras se refería a su nueva alimentación, rica en vegetales y frutas, y las menos aludía simplemente a la suerte. Pero no convencía a nadie. Todos seguían pensando que había algo oculto, un secreto que no deseaba compartir, quizás por miedo a que otros atletas lograsen también optimizar sus facultades y pusieran fin a su exitoso e inesperado liderazgo dentro del equipo. Eso sí, había algo nuevo en Fritz que llamaba la atención de aquellos que le observaban correr. Era su repentino cambio a la hora de afrontar las carreras, una pétrea concentración previa en todas ellas, incluso en los entrenamientos, y una singular expresión en su rostro mientras corría, una expresión que muchos no

dudaban en calificar de terror, de extremo terror, y que sólo desaparecía varios segundos después de finalizada la carrera en cuestión. Y siempre, una vez cruzada la meta, el chico seguía corriendo algunas decenas de metros más, como si tardara en percatarse del final de la prueba. Todos estos detalles eran advertidos por varios miembros del club, pero se mostraban incapaces de relacionarlos directamente con sus triunfantes registros.

Un día, Fritz no pudo aguantar más la presión y se vio obligado a confesar su secreto. No lo hizo delante de todos, lógicamente, sino en privado, ante una sola persona, su entrenador, un tal Gunter. Antes de hacerlo, le hizo jurar a éste que no le contaría aquella confidencia a nadie, absolutamente a nadie. Años después, Gunter rompería su compromiso relatándole la historia a mi primo Andreas, con quien mantenía una estrecha amistad, pero para entonces Fritz ya no tendría por qué preocuparse. Pero sigamos. Reunidos en el despacho del entrenador y tras una dura sesión de ejercicios, Fritz abrió la conversación con una frase que dejó más que aturdido a su superior. “De pequeño me aterrorizaban las brujas”, fueron, más o menos, sus palabras. Acto seguido, ante la mirada absorta del técnico, Fritz comenzó a desgranar en profundidad aquel miedo infantil. Rememoró detalladamente las angustiosas noches que había vivido, o más bien sobrevivido, en la oscuridad de su dormitorio, incidiendo especialmente en los escalofrantes y puntuales momentos en los que su imaginación le había hecho creer ver más de una horrenda bruja asomando bajo su cama o tras las puertas entornadas de un armario. También le contó que, con la llegada de la adolescencia y la madurez, había conseguido atemperar estos miedos, aunque todavía la figura de las brujas le producía cierto resquemor. Incluso, según él, si se ponía a pensar concienzudamente en cualquiera de estas satánicas hechiceras, una sensación de pánico similar a la experimentada en su infancia volvía a adueñarse de él. La ventaja era que ahora, gracias al raciocinio inherente a la edad adulta, podía contrarrestar eficazmente estos temores. Pero una mañana, seis meses antes de aquella reunión, Fritz había descubierto que podía sacar partido a estos miedos si los aplicaba convenientemente a su actividad de atleta...

Ocurrió durante un entrenamiento, una rutinaria carrera de sesenta metros lisos contra algunos de sus compañeros del club. Sin saber por qué razón, la imagen de una aterradora bruja se incrustó en su mente durante los momentos previos a la carrera. Era el arquetipo de bruja que más le aterraba de niño: largos y sucios cabellos blancos,

rostro arrugado y verrugoso, nariz aguileña, afiladas uñas que brotaban de sus acartonadas manos, y una siniestra risilla casi histérica que taladraba su mente y le ponía los pelos de punta. Pero esta vez algo le impulsó a no combatir con la fuerza de la razón aquel pensamiento. Prefirió dejar volar su imaginación, dejarse convencer de que aquella bruja existía realmente y de que en cualquier momento le podía atrapar. Cuando escuchó la orden de salida de la carrera, ya estaba totalmente convencido de que estaba allí, justo detrás de él... Fue su primera gran carrera. Corrió como jamás lo había hecho en su vida, obsesionado con esa demoníaca anciana que le perseguía a lo largo de la pista, escuchando el impetuoso golpeteo de sus zarpas desnudas contra el cemento y aterrado por esa convulsiva risa áspera que le helaba la sangre y parecía acercarse más y más... Y siempre sin mirar atrás. Lo cierto es que una vez cruzada la línea de meta, varias décimas de segundo antes que sus rivales, le costó trabajo volver a la realidad y desprenderse de sus quimeras mentales. No se detuvo hasta casi cincuenta metros después de la meta, momento en el cual terminó de asumir que todo aquello no había sido más que un fantasioso juego de mentalización.

A partir de aquel día, según Fritz le siguió narrando a su preparador, comenzó a poner en práctica habitualmente esa peculiar estrategia de automotivación. Comprendió que en ella radicaba su posible éxito futuro. Y de hecho, comprobó que cuando no la aplicaba sus marcas volvían a ser tan mediocres como de costumbre. Carrera a carrera, el atleta fue perfeccionando su técnica, logrando que la presencia de la bruja se hiciese cada vez más patente. Su capacidad de autosugestión alcanzaba por momentos cotas inimaginables. Había veces que llegaba a oler el fétido aliento de la mugrienta mujer golpeando contra su nuca, y otras en las que podía sentir como, en plena carrera, alguna de sus interminables y ennegrecidas uñas alcanzaba a engancharse brevemente en el dorso de su camiseta. Y cuanto más exitoso era su trabajo de mentalización, mejores eran sus registros. Y también más laborioso resultaba el trabajo de vuelta a la realidad, culminado siempre varias decenas de metros después del punto de llegada... Ese era su codiciado secreto.

El entrenador escuchó pasmado las explicaciones de su pupilo. Jamás había sido testigo de nada semejante. Gunter era un buen hombre, pero de imaginación algo limitada y no muy proclive a creer en la influencia de la psique en el deporte. Para él, se corría con las piernas, incluso el correcto movimiento de los brazos y la rectitud del

tronco podían tener cierta incidencia en una prueba de velocidad, pero el cerebro y sus hipotéticas posibilidades no tenían nada que ver con el atletismo. Aún así le creyó. Aquella explicación, por muy disparatada que a primera vista pareciese, era lo único que podía justificar los sorprendentes progresos de Fritz. Lo que ya no supo bien fue qué recomendarle. Dentro de su primitivo entendimiento, había algo que le decía que aquello no debía de ser bueno para la salud mental de su velocista. Pero por otro lado, ahí estaban sus marcas. El equipo llevaba años buscando un atleta de sus condiciones, alguien que aupase al Grosswolchen Racing Club a un puesto significativo dentro del atletismo austríaco, y quién sabía si del continental o mundial. Era una decisión difícil. Y como por lo visto era habitual en Gunter, terminó eligiendo la opción equivocada. El entrenador apoyó sin reservas al joven corredor, a sus singulares mentalizaciones y a aquella bendita bruja imaginaria gracias a la cual quizás algún día podría convertirse en un preparador de prestigio. Fritz se sintió aliviado al compartir su secreto con alguien, y más aún al ver que esa persona daba el visto bueno a su inquietante método de mejora.

Las semanas siguieron pasando en el pueblo. Ante el asombro de todos, las marcas del otrora irrelevante velocista Fritz Maier continuaban su progresión. Los campeonatos nacionales se acercaban y los responsables del club comenzaban ya a frotarse las manos pensando en la más que factible posibilidad de que el atleta pudiese alzarse con alguna victoria en los mismos. Pero Fritz no estaba del todo convencido. Le preocupaba fallar en el momento cumbre de su carrera, temía que su táctica de concentración acabase por desbordarle y que esto sucediese en pleno certamen. Debía prepararse mejor, se sentía obligado a controlar todavía más sus miedos y sacarles el mayor rédito posible. Y así se lo hizo saber a Gunter. “Necesito entrenar sólo. Absolutamente sólo. Sin nadie.”, le dijo un día tras una intensa sesión de carreras. Al principio, el preparador pensó en rechazar tajantemente su petición, movido por un sentimiento de culpa que le perseguía constantemente y le recordaba que era muy posible que estuviese contribuyendo a una futura demencia irreversible del atleta. Pero terminó aceptando, optando de nuevo por el camino erróneo.

Fritz, esclavo de una obsesión que ya empezaba a ofrecer evidentes muestras de delirio – a veces daba la impresión de que sus ojos se le iban a salir de las órbitas -, le convenció sin demasiados esfuerzos, exponiéndole persuasivamente las razones por las que quería entrenar en solitario. Según él, la presencia de técnicos y otros atletas dentro

del pabellón le infundía una sensación de seguridad que era perjudicial para su rendimiento. Advertir la presencia de gente a su alrededor mientras aquella bruja inmaterial le perseguía, le hacía pensar que nada malo le ocurriría si ella consiguiese atraparlo, que los que estaban allí le ayudarían a librarse de sus garras. Si entrenaba solo, esta sensación de seguridad se diluiría por completo, aumentando su pánico en carrera y, por ello, provocando que sus tiempos mejorasen todavía más. Aunque sabía que a la hora de la verdad, en las carreras del campeonato nacional, no iba a poder competir a solas, creía firmemente que esta nueva forma de preparación podía ser tremendamente positiva. Incluso presumía que después de una buena temporada de entrenamiento en solitario, sería capaz de conservar esa impresión de soledad en su mente, aplicándola convenientemente el día de los campeonatos. Estaba seguro de que su cerebro sería capaz de omitir totalmente la presencia de esos centenares de personas en las gradas durante el tiempo que durasen las pruebas, así como también la de sus contrincantes. Tenía que entrenar sólo. Y así se hizo.

Como las sesiones de entrenamiento del equipo solían tener lugar a media mañana – por las tardes la pista estaba ocupada por otro club local –, le fue ofrecida a Fritz la posibilidad de llevar a cabo su preparación personal a primera hora, justo después del amanecer. Tendría una llave propia que le permitiría entrar todos los días en el pabellón y permanecería allí, en el mayor aislamiento, durante cuatro o cinco horas. Sobra decir que Fritz aceptó encantado.

Aquella noche Gunter no durmió bien. Sensaciones de angustia y pesadez le acompañaron sin descanso, mientras que sus intermitentes momentos de sueño fueron poblados por imágenes oníricas en las que podía ver a hombres corriendo, corriendo sin parar, hasta el infinito, deshechos en su propio sudor y mirándole con expresiones agónicas y desencajadas, casi recriminatorias.

Por la mañana, el entrenador decidió ser el primero en acudir al pabellón. El primero después de Fritz, claro, que debía de llevar ya cerca de cuatro horas de su primer entreno en privado. Cuando llegó al pequeño recinto, le llamó la atención el total silencio reinante. Era obvio que al llegar no iba escuchar ningún alboroto, pero sí especulaba con que sus oídos pudiesen llegar a distinguir el golpeteo de las zapatillas del atleta sobre la pista o el sonido de su respiración agitada tras una de sus ajetreadas

carreras. Nada de eso. Silencio absoluto. Pero lo peor de todo fue cuando, tras atravesar un angosto y oscuro pasillo, no alcanzó ver a nadie en el primer tramo de la pista ovalada, la rampa de velocidad donde se desarrollaban las carreras rápidas y que su pupilo raramente abandonaba. Entonces una punzada invisible le atravesó la boca del estómago. Y ésta no tardó en verse suplida por un efecto de ahogo que se aferró a su garganta cuando, ampliando su campo de visión, Gunter descubrió al joven corredor al otro lado de la pista.

Fritz se encontraba en una de las calles centrales, tendido en el suelo, en una extraña posición que lindaba con lo fetal. E inmóvil. Totalmente inmóvil. El entrenador no dudó un instante en lanzarse a correr hacia él. Describiendo una veloz transversal a través del campo de entrenamiento, llegó en pocos segundos al lugar donde se encontraba el velocista. Cuando le contempló de cerca, creyó desfallecer. Lo primero que observó, horrorizado, fue su espalda. La parte trasera de su immaculada camiseta blanca estaba hecha jirones, rasgada por cinco sanguinolentos surcos que penetraban profundamente en la carne. Tan profundamente que hasta pequeños huesos astillados de la columna vertebral de Fritz y restos de lo que parecían ser órganos internos asomaban tímidamente por los horrendos canales abiertos en su espalda. Gunter estuvo próximo a vomitar, pero el hecho de observar a continuación la expresión del rostro del muchacho, o más bien la pequeña parte visible del mismo, hizo que el propio vómito se retrajera de espanto. La cara de Fritz, regada por borbotones de sudor que caían como cascadas de su frente, estaba aplastada contra la pista, pero su lado izquierdo era medianamente visible. Se podía ver su boca, replegada de tal manera que más bien parecía una pétreo escultura abstracta. Y su ojo, su ojo izquierdo, con unos párpados tan abiertos que casi tocaban el pómulos y la ceja, y una pupila dilatada que miraba fijamente la cercana superficie de cemento con tal pánico que parecía estar contemplando la mismísima entrada al infierno. Del resto del dantesco cuadro destacaba uno de los pies del atleta, que por alguna razón se había visto desprendido de la zapatilla y cuya planta desnuda estaba cubierta de llagas y pequeños cortes.

El entrenador no pudo seguir contemplando aquella escena y apartó aterrorizado la vista. Miró a su alrededor, un ansioso intento de encontrar alguna ayuda que en pocos segundos acabó convirtiéndose casi en una reconstrucción de lo sucedido. Vallas de obstáculos volcadas, la zapatilla extraviada en una alejada curva... Gunter no tardó en

deducir que Fritz había corrido por toda la pista, torpemente, asustado, huyendo frenéticamente de algo. Y por lo que indicaban las ulceraciones de su pie desnudo y el sudor acumulado en su frente y extremidades, durante largo tiempo, probablemente horas. Entonces, súbitamente, la imagen de aquella bruja que en su día el joven atleta le había descrito tan gráficamente, se materializó espontáneamente en la mente del técnico. Al momento, una terrorífica risa de anciana surgió de la nada y comenzó a perforar sus tímpanos. El vello de los brazos y piernas del preparador se erizó como las púas de un puercoespín presto a defenderse. Fue entonces cuando una nebulosa cubrió su visión y se desplomó contra el suelo.

Gunter despertó horas más tarde en la fría cama de un hospital local. Tras recuperarse, fue interrogado durante largas horas por unos policías tan absortos como los atletas y técnicos que habían llegado al recinto minutos después de su desvanecimiento y se habían topado con la cruenta escena. No le fue difícil demostrar su inocencia en todo aquello. Y además, tuvo la suficiente habilidad como para hacerlo sin mencionar una sola palabra referente a la bruja, algo que posiblemente sólo le hubiese traído complicaciones. Con el transcurso de los meses, tal y como el entrenador esperaba, las pesquisas policiales se estancaron sin conducir a nada concluyente. No había huellas humanas, ni tampoco tejido ajeno alguno sobre el cadáver de Fritz. Poco tiempo después se archivó el caso, dándose por hecho que el atleta había sido atacado por algún tipo de animal salvaje que durante la noche había penetrado en el recinto. Todos sabían que en los bosques circundantes a Grosswolchen era difícil, por no decir imposible, encontrar una bestia capaz de hacer algo así con un hombre, pero no cabía pensar en otra cosa. Era eso o la nada.

Algunos años más tarde, Gunter, que tras esta experiencia abandonó para siempre el atletismo, le contó esta historia a mi primo Andreas. Y varios años después, éste, que todo hay que decirlo no confiaba especialmente en el equilibrio mental de su amigo entrenador, me la contó a mí. Eso es todo.

Otto esbozó otra de sus austeras sonrisas, apuró su copa de anís y devolvió su mirada al televisor. Manuel no dijo nada. Creyó que no había nada que decir. Estaba

seguro de que en esos instantes no sería capaz de articular más que alguna pregunta tonta e irrelevante. Emitió un breve suspiro y optó por recargar su vaso con la deliciosa crema de whisky. Ambos guardaron silencio durante largos segundos.

- Nunca la cogería. – insistió una vez más Otto, con sus escépticos ojos grises fijos en la televisión.

Manuel giró también su vista hacia la película. El psicópata enmascarado perseguía a otra desvalida muchacha, ésta de finos y elegantes rasgos orientales, que también parecía especialmente obstinada en trastabillarse con los más nimios accidentes del terreno.